



En los últimos años nos hemos acostumbrado sólo a escuchar y dejarnos seducir por la insistente idea de “cambios necesarios”, en el sentido que éstos son requisito indispensable para lograr un desarrollo individual y social más pleno, con miras al arribo del próximo milenio.

Así, el mundo de las ciencias, de manera un tanto ingenua, ciertamente se ha involucrado en una campaña de constantes sustituciones culturales tanto tecnológicas como conceptuales, y a final de cuentas es cómplice de las mercadotecnias e ideologías que generan y difunden los países más desarrollados.

Los efectos y aspectos implicados en esta mega-campaña en favor de los “cambios” han sido de magnitud diversa en cada región del planeta. Por ello bien podría afirmarse que no ha quedado al margen de ser cuestionado y revisado aspecto alguno proveniente de la llamada tradición cultural.

A través de los distintos discursos y argumentaciones, tanto de corte emotivo como racional, se ha propuesto que la sociedad moderna cambie y, con ello, el hombre contemporáneo pueda asumir una actitud dócil que facilite su adaptación a los cambios que la nueva era le propone.

Actualmente, la velocidad de los cambios se acrecienta en todos los niveles y campos de la vida moderna y nada queda al margen de este influjo. Sin embargo, los riesgos para el desarrollo humano permanecen latentes, en la medida que no existe el mínimo consenso mundial sobre los fines comunes que se persiguen y los medios más adecuados para lograrlos. Generalmente los intereses económicos y políticos de determinados grupos de poder contraponen a las naciones.

A pesar de lo complejo de este panorama, los científicos que han sido obligados, por la naturaleza de su trabajo, a propiciar y colaborar en la introducción de cambios que contraen y expanden el poder y los mercados, pueden ser también un sector social que contribuya a direccionar el sentido de los mismos. Para ello se requiere, paradójicamente, un significativo cambio de mentalidad. Esta nueva mentalidad científica implicaría, entre otros muchos aspectos aún indefinidos, trabajar de manera grupal, propiciar la discusión tanto del rumbo como de los resultados, es decir, reflexionar sobre los fines establecidos y los medios empleados. Estos nuevos colectivos requieren mantener contacto directo con la realidad social, con el fin de regular la autocrítica, el consenso social, la intervención tecnológica y la divulgación ampliada. Se trata, dicho de otra manera, de reconstruir las ciencias, desde una perspectiva visionaria plenamente responsable de su quehacer. Ello no será posible en la medida que los campos del saber científico permanezcan aislados, las teorías sean limitativas y los hombres de ciencia se sientan ajenos al mundo que viven y no estén dispuestos a propiciar cambio alguno en su propio terreno.